

La egoísta

Carolina Olvera Castillo

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

—¿Cómo quieres ser recordada? —me preguntas esperando la respuesta que quieres escuchar—. Tus ojos cambian, de unos confiados y desinteresados, a unos llenos de incredulidad cuando te contesto:

—No quiero ser recordada —sale de mi boca junto con susurro risueño—. De inmediato me pides una explicación ante tal postura, suponiendo que te encuentras frente a una suicida o una mujer que como mínimo tiene un cuadro de depresión.

—Respiro hondo, como cuando una quiere tomar fuerza del aire y no necesariamente oxígeno. Casi puedo tocar la lástima que reside en tu mirada antes de empezar a hablar sobre mis razones.

—Imagina por un momento que no todas queremos ser madres, y que no trascenderemos a través de nuestra descendencia —comienzo a hablar, tu ceño se frunce, pero aceptas mi propuesta—. No necesito hijos que me recuerden como su madre y no aspiro a tener hijas que sigan mis pasos, por muy honorable que ese camino sea. Porque no viviré del recuerdo ni en los recuerdos de nadie, sin embargo, más vale que lo que haga en esta vida deje amor en la humanidad —sé que tengo toda tu atención ahora y ansías por preguntarme algo, y antes de que eso suceda, continúo hablando:

—Créeme que no importan los siglos que pasen sin que una sola alma sepa mi nombre, pero que estén conscientes de que una mujer jun-

to con muchas otras disfrutó de estas tierras, sembrando orígenes que alimenten la igualdad.

—¿Y qué va a pasar con tu sangre? —interrumpes al no poder contenerte, sonrío y continúo como si no hubiese ocurrido un corte en mi respuesta.

—Ten presente que incluso si mi sangre no corre por tus venas ni por las de ninguna otra persona, cada vez que rías y llores ante la bondad a pesar de los prejuicios, nuestro legado vivirá —ya no soy deprimente ante tus ojos, sino más bien delirante y sin sentido.

—No me digas que tu nombre no importa —me respondes— si vas a hacer el bien para el mundo, más vale que no seas otra anónima.

—Es cierto, más vale que no me llamen anónima, que anónimas han sido muchas, fervientes pensadoras, lúcidas antes que yo existiera. Llámenme por mi nombre mientras se pueda, y después, si quieren, que me llamen la egoísta. Porque es de este amor propio que el deseo de unirme a la eternidad me consume, no sin antes dejarte un legado, tatuado en tus genes y recuperado en las memorias de la humanidad que busca más que ser igual y desigual.

—¿Qué busca entonces? —preguntas, más para ti que para mí, si tan sólo yo supiera esa respuesta.

—Ser diferente sin ser discriminada, ser igual a quién admira o desea sin perder su esencia, ser equivalente y digna frente a la violencia. Ser eterna quizá —contesto sin quitar la vista de tu rostro, sereno y pensante—. Tenía que tener esta plática contigo, antes de salir y hacer lo que te he contado, porque si yo no estoy convencida de mis pensamientos y no me cuestiono a mí misma, cómo podré actuar frente al mundo —termino, levantándome de mi silla frente al espejo sin mirar atrás, a sabiendas de que nos volveremos a ver, diferentes pero iguales.